

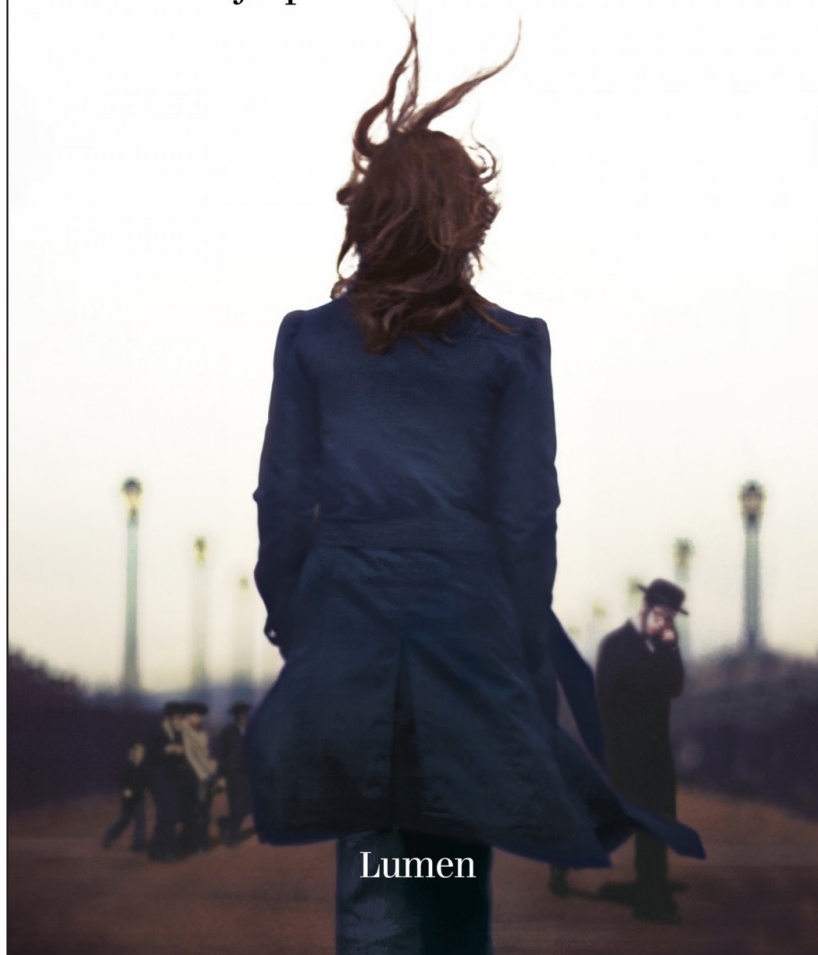


Guía de lectura

DEBORAH FELDMAN

# EXODUS

Mi viaje poco ortodoxo a Berlín



Penguin Club de lectura

## ANTECEDENTES: *UNORTHODOXY EXODUS*

La historia ya es conocida en el mundo entero: con solo veintitrés años, Deborah Feldman tomó a su hijo y sus pocas posesiones, y dejó atrás la comunidad jasídica Satmar de Williamsburg (Nueva York) en la que había crecido, decidida a forjarse una vida mejor lejos de la opresión y el aislamiento de su educación judía ultraortodoxa.

A partir de esa experiencia escribió *Unorthodox. Mi verdadera historia* (Lumen, 2020), su primer *memoir*, que fue aclamado por la crítica y los lectores, y se adaptó a una exitosa serie de televisión en Netflix. En él, Feldman contaba cómo había crecido bajo un estricto código de normas que regía desde su idioma —el yiddish— o su indumentaria hasta sus lecturas y las personas con las que se le permitía relacionarse. Siendo adolescen-

te, intuyó que podía existir una forma de vida alternativa, y se debatió entre la responsabilidad de ser una buena judía jasídica y sus anhelos de independencia. Pero pronto se vio atrapada en un matrimonio concertado que resultaba frustrante.

En *Exodus. Mi viaje poco ortodoxo a Berlín*, Deborah Feldman regresa para contarnos qué ocurrió una vez que se convirtió en una mujer libre. Una primera versión de este libro se publicó en Estados Unidos con el título *Exodus: A Memoir* (Blue Rider Press, 2014; Plume, 2015). Deborah Feldman ha decidido revisitarlo y ampliar la historia en la presente edición, que contiene más de un 50 % de material nuevo y apareció en Estados Unidos el 31 de agosto de 2021. La historia continúa.

## SINOPSIS

*Exodus* es un *memoir* en el que se narra un viaje exterior e interior. En él acompañamos a Deborah Feldman en su recorrido por distintos países buscando sus orígenes e intentando encontrarse a sí misma. Es también un viaje de ida y vuelta, porque regresa a sus raíces para tratar de entender su presente. Esta novela habla sobre la memoria y la identidad, pero también sobre el desarraigo, los sueños y la posibilidad de hacer las paces con nosotros mismos y nuestro pasado.

*Exodus* es una indagación profundamente conmovedora sobre la memoria y sobre cómo nuestros orígenes pueden devolvernos el sentido de pertenencia y ayudarnos a descubrir quiénes somos.

La historia comienza con recuerdos y dudas. A los ocho años, Deborah pregunta a su adorada abuela: «Bubby, ¿soy cien por cien judía?». Esta consulta anuncia lo que vendrá: un largo viaje para responderla. El desenlace sorprenderá a todos y lo hará, casi a ritmo de *thriller*, hacia el final del libro. Bubby, de origen húngaro, superviviente del Holocausto y de pasado intrigante, fascina a su nieta, que ve en ella una puerta a otros mundos que nadie quiere contarle. Bubby no siempre vivió apartada

de la sociedad. ¿Por qué lo hizo? Una pregunta lleva a otra y así sucesivamente, hasta que pasan a ser dudas nucleares: ¿Qué es esa «pureza» que se le exige? ¿Hay en el dolor del pueblo judío algo de arrogancia? No sabemos aún, en las primeras páginas, si encontrará respuestas ni si supondrán una catarsis.

La figura de Bubby es un enigma para su nieta. «Todas sus luchas y secretos me acompañarían a lo largo de mi vida como las hadas con las que crecieron otros niños», reconoce Feldman. La pequeña comienza a rastrear sus orígenes, siempre con el temor de no ser suficientemente judía. Un día, en el colegio le piden que elabore su árbol genealógico: el lado de su madre está incompleto, es un misterio. Tras una investigación concienzuda, averigua que su origen está en Alemania, que es una *yeke*. Se trata de una palabra despectiva para referirse a los judíos alemanes, que se consideraba que habían abandonado el judaísmo por vergüenza. Esto no le gusta: no es un motivo de orgullo, es una mancha. Por otra parte, en su árbol genealógico hay ausencias que le intrigan, pero la respuesta no llegará hasta ocho años después.

Deborah Feldman recuerda ese momento de su infancia desde el presente, ya como mujer adulta y libre. Ha conseguido lo que parecía imposible: escapar de su comunidad y su familia. Una vez fuera de esa burbuja de opresión, pero también de protección, está y se siente sola. Ahora debe lograr sobrevivir en un mundo en el que no encaja y continúan surgiendo preguntas: ¿Es americana? ¿No lo es? ¿Qué es ser americana? Vive sin normas por primera vez. Deborah es, oficialmente, escritora, y compagina su trabajo con un curso de escritura creativa, con aprender a habitar su nueva ciudad y seguir metabolizando las emociones desatadas por su huida.

La vida de Deborah cambia cuando recibe un adelanto para escribir un libro sobre su vida (el que será *Unorthodox*) y se muda en 2010 a Manhattan. La ciudad del hedonismo y las oportunidades no cumple las expectativas de Deborah, que no acaba de encajar en sus dinámicas y sus valores. Ahora es una madre soltera, con miedos, con poco dinero, sin amigos y aún con la herida del trauma causado por su huida. Manhattan no es, definitivamente, la ciudad de los sueños para ella, pero debe vivir allí hasta que se formalice el divorcio con su exmarido: Eli. Comienza a coquetear con la idea de abandonar la isla.

Aprovechando unas vacaciones de verano viaja a San Francisco, ciudad en la que comienza un recorrido por Estados Unidos de este a oeste para intentar conocer el país al que, ahora sí, pertenece. Por el camino encuentra personas generosas e inspiradoras, como la escritora californiana Justine, y aunque tiene mu-

chos momentos de descanso y disfrute, el viaje está trufado de recuerdos y reflexiones. Su abuela, esa presencia benéfica y misteriosa, no la abandona nunca. Tampoco lo hacen los árboles, protagonistas discretos de *Exodus*. Feldman recurre a ellos de manera poética a lo largo del libro para explicar y dar un anclaje a su vida. Recuerda las acacias de la casa familiar, que luego verá en Hungría y que encuentra también en su primera casa de Nueva York. Para ella, el jardín de su abuela es el único recuerdo luminoso de una vida oscura. Por eso persigue los árboles y las plantas como si fuera una manera de atrapar lo mejor de su pasado. Cuando regresa a Manhattan, se da cuenta de que ese viaje solo ha reafirmado su desarraigo.

Aunque Deborah ha entregado ya su libro sin grandes expectativas, su situación económica es muy precaria y eso la lleva a aceptar trabajos que acrecientan su desazón vital. Definitivamente, Manhattan no es su sitio. Sin embargo, algo la espera a la vuelta de la esquina. Su libro llega a las páginas de los periódicos de mayor tirada, Barbara Walters la lleva a su programa ante doce millones de espectadores y alcanza el segundo puesto de la lista de *The New York Times*. Su rostro y su historia se hacen famosos. Esto coincide con su divorcio y la posibilidad de vivir en cualquier lugar. Deborah tiene más dinero del que ha tenido antes, una popularidad inesperada y, por primera vez en su vida, es realmente una mujer libre.

Se muda a Connecticut con su hijo, donde lleva una vida apacible. Sin embargo, no ha sido educada para disfrutar

de ello y lo vive con ansiedad y vergüenza. Allí, en Nueva Inglaterra, conoce a Richard, un artista que la introduce en el mundo del arte y con el que viajará a Europa por primera vez. Ella no lo sabe, pero este será el principio de una gran ruta que la llevará por distintos países en los que intentará descubrir quién es.

En París se altera porque la gente la identifica como mujer judía, y eso choca con lo que ella busca, que es alejarse de su identidad; sin embargo, poco a poco se reconcilia con la ciudad al aprender que hay muchas maneras de serlo y muchas son festivas y alegres. Vuelve a Nueva York con la certeza de que quiere seguir viajando. Su hijo Isaac tiene ya siete años y la acompaña al siguiente viaje, que será a Andalucía. En Córdoba descubre que el legado de su pueblo se ha diluido y eso la enfada. Se compra un collar con la estrella de David y se anuncia al mundo como judía. Se niega a ser borrada.

Su peregrinaje continúa en Hungría, donde quiere encontrar el origen de su abuela. Visita su casa, pequeña, abandonada, que contrasta con la imagen de sofisticación que tenía de ella. Se reencontra también con el miedo de algunos judíos a decir que lo son, algo que en Estados Unidos nunca había experimentado. El siguiente paso en la búsqueda del rastro de su abuela es Suecia, donde conoce a Erik, con quien comienza un romance. Todos estos viajes no son sino un calentamiento para el más sensible, el que más teme: el viaje a Alemania.

En Berlín se siente abrumada por el peso de la Historia. Allí conoce a Markus, con quien inicia una relación. Este hombre la acompaña a conocer el país

y le cuenta, en una curiosa pirueta del destino, que es descendiente de nazis. El desconcierto de Deborah es total. Sin embargo, su relación se asienta e incorpora esa situación a su misión vital: conocerse a sí misma. Deborah, que había crecido con el relato de que existía una nación entera entregada al odio a los judíos, se da cuenta de que no es así. Cada vez tiene más pistas de que su hogar puede estar en Berlín.

Feldman vuelve a Estados Unidos con veintisiete años, cinco después de abandonar la comunidad, pero los viajes a Berlín continúan. Allí deja de sentirse un bicho raro, porque hay muchas personas que han vivido una peripecia similar a la suya, y comienza a barajar seriamente la posibilidad de mudarse allí. Pero eso, para ella, es más que un cambio de país y continente: es una traición a su comunidad y a su familia. Recuerda que descubrir que su bisabuelo Gustav era alemán supuso un trauma años atrás. Gracias a ellos, sin embargo, podría solicitar la ciudadanía alemana, que sería el salvoconducto a la vida que estaba buscando.

El 30 de noviembre de 2014 se muda con su hijo Isaac a Berlín. Por segunda vez en su vida tiene que comenzar de nuevo, pero, a diferencia de la anterior, ahora lo hace sin miedo y sabiendo quién es. Allí vive de forma tranquila, rodeada de personas de distintos orígenes y profesiones entre las que se integra con armonía y con una alegría que no había tenido antes. Un viaje a Israel para localizar escenarios para la película en la que está involucrada vuelve a agitarla. Se siente desconcertada porque se reencontra con prohibiciones de las que

había escapado. Regresa a Berlín con la certeza total de que ese es su auténtico hogar. Esta sensación se acrecienta cuando se enamora.

Una mañana, recién mudada a un nuevo piso ya a su nombre, ve un gran árbol desde su ventana que le recuerda al que veía desde la habitación de su infancia. Entonces entiende que está donde quiere estar y que eso que está sintiendo es lo que buscaba años atrás, cuando rompió por primera vez con su vida. Sin embargo, descubre que el Berlín que ella había idealizado, un lugar abierto en el que se condenaba la extrema derecha, no es tal. Continúa habiendo

resquicios de la ideología nazi y el consiguiente rechazo a los judíos. También debe gestionar que gran parte de la sociedad reclame pasar página sobre el Holocausto.

Un día, ya totalmente instalada en Berlín, Deborah recibe una llamada que cambiará su vida o lo que ella pensaba que había sido su vida. Dicha llamada desentierra un secreto familiar y, a la vez, supone la restitución de una injusticia. Es la respuesta a la pregunta con la que comienza el libro y que cierra el viaje largo e intenso de Deborah Feldman hacia sí misma. Por fin, puede hacer las paces consigo misma.

# LA BÚSQUEDA O CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD SEGÚN DEBORAH FELDMAN

*Exodus* es la respuesta a una pregunta: «Bubby, ¿soy cien por cien judía?». Esa pregunta esconde otras, como una muñeca rusa: ¿Soy americana? ¿Creo en Dios? ¿Qué tipo de judía quiero ser? ¿Cómo encuentro mi lugar en Estados Unidos y en aquellos países a los que voy viajando? La búsqueda de la identidad permea todas las páginas de este *memoir*.

## EL PELO RUBIO

Ese rasgo físico está presente en todo el libro y ya se apuntaba en *Unorthodox*. No es una característica más: es una cualidad cargada de intensidad. Es aquello que permite a los judíos no parecerlo. Ella se alegra al ver que su marido, Eli, es judío y que esa herencia genética pasará a su hijo Isaac. Pero cuando nace y ve sus relucientes rizos rubios, dice: «Gracias a Dios, no parecerá judío». El pelo rubio habla de asimilación, una de las obsesiones de la autora. También es, paradójicamente, lo que caracteriza el físico alemán.

«Hasta mi abuela hablaba con orgullo de sus hijos rubios. La tez clara y los rasgos que se apartaban del estereotipo judío eran bienes apreciados entre nosotros porque suponían una oportunidad de pasar inadvertidos.»

## ENTRE EL OCULTAMIENTO Y EL ORGULLO

Desde su huida, la autora vive entre el ocultamiento y el orgullo, entre la voluntad de fundirse con su entorno y la de significarse. Tras abandonar la comunidad, decide ocultar su judaísmo hasta que se siente cómoda mostrándolo.

«Todos querían definirme por el hecho de ser judía, mientras que yo luchaba por definirme fuera de esa identidad. Cada vez que pensaba que lo había conseguido, alguien se acercaba con un comentario similar y yo perdía ese equilibrio que tanto trabajo me había costado edificar. La identidad que estaba construyéndome era precaria, en el mejor de los casos.»

## EL PUNTO DE INFLEXIÓN

Pasa tiempo hasta que se siente cómoda en su piel. Hay un momento que marca un punto de inflexión: durante un viaje a Córdoba se compra un collar con una estrella de David y decide llevarlo para gritarle al mundo quién es.

«Casi sentía que estaba realizando un anuncio ante el mundo, una proclama sobre quién era yo. Era judía, pensé mirando al frente. No importaba qué vida llevara, mis raíces seguían estando allí,

puede que mil años atrás, pero tan legítimas como las de cualquier otro.»

A lo largo de sus viajes, la autora descubre que hay muchas maneras de ser y definirse como judía. Se puede hacer desde el victimismo, la exclusión, el dolor, la alegría (como descubre en París) o, finalmente, la paz. Ella atraviesa todas esas fases, algunas con más intensidad que otras. Es en Berlín donde todas las piezas de su identidad encajan y donde Feldman encuentra su lugar en el mundo.



## EL HOLOCAUSTO EN *EXODUS*

---

Deborah Feldman es nieta de una superviviente del Holocausto; forma parte de su vida desde su infancia. Su abuela Bubby, de origen húngaro, piensa que ante una tragedia así solo hay dos salidas: o renegar de Dios o aceptar su ira a través del sacrificio. En su familia optan por lo segundo. Feldman crece pensando que el Holocausto «es parte de un patrón de violencia» y que ella debe estar en un permanente duelo. Como tantos miembros de familias víctimas, se siente incapacitada para el disfrute durante su infancia y juventud, creyendo que debe «reponer la familia», como siempre decía su abuelo.

A Feldman, sin embargo, le puede el sentido crítico: ¿Tanta es su responsabilidad? ¿Tanta culpa debe cargar sobre sus hombros? El Holocausto sirve a la autora para explorar la culpabilidad del superviviente y para preguntarse hasta cuándo debe seguir activa, si se metaboliza o si caduca. A lo largo de su viaje se enfrenta a posturas diferentes frente al Holocausto: hay quien lo contemporiza, quien lo niega y quien quiere olvidarlo.

La visita al Museo del Holocausto en Berlín marca un hito en su viaje. Entre sollozos y abrumada por la crudeza de lo visto se pregunta «si ya había pagado la deuda que me había sido impuesta por la supervivencia de mi abuela». Allí, firma en el libro de visitas: «¿Cómo describir esta sensación de estar viva y aniquilada al mismo tiempo? ¿De descender de los vivos y de los muertos? Una parte de mi alma ha sido exterminada. ¿Cómo voy a cerrar jamás esta herida familiar? ¿Cómo voy a contárselo a mi hijo?».

## LAS CIUDADES DE *EXODUS*: EL VIAJE GEOGRÁFICO

Éste también es un libro de viajes poco ortodoxo. Tras pasar su infancia, adolescencia y primera madurez sin salir de su comunidad, Deborah Feldman viaja durante varios años buscando sus orígenes y a sí misma. Éste es un breve repaso por algunas de las ciudades que aparecen en el libro y lo que significan para la autora.

**NUEVA YORK.** Es cercana y lejana. Ha vivido allí toda la vida, hasta su huida, pero apenas la conoce. Es la ciudad de las oportunidades, pero no para Deborah. Es una ciudad hostil, cara y en la que siempre se siente extranjera. Ella, sin embargo, resiste, porque eso es también lo que la convierte en neoyorquina.

**PARÍS.** Supone el primer contacto con Europa. Allí viaja con su amigo Richard, gracias al cual se le abren las puertas de las casas de artistas y personas sofisticadas que encajan con la idea de su París idealizado. Esa imagen mental del país, tan norteamericana, la del mundo de la bohemia y las cenas con vino y amigos, se cumple. En la capital de Francia descubre que es posible ser judío y alegre.

**ANDALUCÍA.** Feldman recorre Sevilla y Córdoba para escarbar en sus raíces. Las creencias y tradiciones de los sefardíes se habían terminado fundiendo con las que ella había vivido en su comunidad. Visitar Andalucía es para ella una manera de entender de dónde viene la cultura en la que creció. Allí se altera al confirmar que el legado judío está, si no desaparecido, minimizado. Su experiencia andaluza le sirve para constatar el alcance y la hondura de sus raíces. Este viaje sirve a la autora para explorar los conceptos de ocultación y discreción. Allí decide que ella quiere ser una judía explícita y orgullosa.

**HUNGRÍA.** Feldman viaja a Hungría en su empeño por recrear el periplo de su abuela antes de llegar a la comunidad Satmar. En Budapest descubre una comunidad que sigue comportándose como antes de la guerra, suspendida en el tiempo. Por ello, encuentra vínculos entre ella y su vida pasada en Williamsburg. También allí descubre que el antisemitismo sigue presente: no es que haya vuelto, es que nunca desapareció.

**SUECIA.** El rastro de su abuela la conduce a Suecia, «único país del que ella habló con cariño». Allí llegó gracias a la operación Vita Bussarna («Autobuses Blancos»), una misión sueca de ayuda humanitaria que rescató a muchas víctimas del Holocausto directamente de los campos de concentración. Ese viaje, que la lleva a Estocolmo y la región de los lagos, le permite rellenar algunas lagunas de la vida de Bubby. El viaje, pese a los descubrimientos de la difícil vida que llevó su abuela allí, se ve dulcificado por la relación con un hombre llamado Erik.

**ISRAEL.** La experiencia en el país le resulta paradójica. Por un lado, disfruta recorriendo Tel Aviv, sus playas y restaurantes, y fundiéndose con la gente. Por otro, le resulta desconcertante la invasión de los preceptos ortodoxos en la vida de la ciudad y sus habitantes. «Fue como si de repente hubiera aterrizado dentro de aquellos antiguos y familiares muros que tanto había luchado por superar, como si acabara de viajar atrás en el tiempo», escribe.

**ALEMANIA.** Es el país que Deborah Feldman debe odiar. Ella creció escuchando el relato de que Alemania odiaba a los judíos, por tanto, eso debía ser recíproco. Decide, en un gesto contrafóbico, viajar allí para intentar entender un país clave en su cultura y su religión. En su primer viaje quería reproducir el mismo itinerario de su abuela tras estar en Auschwitz. Pero ya desde la primera toma de contacto, y pese a la intensidad de lo vivido, vislumbra que tiene vínculos profundos con él. Es como si tuviera, según ella, «una forma extrema de síndrome de Estocolmo». Ella no lo sabe la primera vez que pisa Alemania, pero Berlín terminará siendo su hogar.

## EXTRACTOS

«Al abandonar mi comunidad, creí que también había perdido la única fuente de amor y belleza de mi vida: mi abuela. Sin embargo, fue su propio periplo personal lo que me señaló el camino que recorrí en orden inverso, fue su amor por la armonía lo que me enseñó a reconciliar todas mis contradicciones. Sentí la atracción magnética del continente europeo, la tierra que mi comunidad consideraba arrasada, y ahora, contra cualquier pronóstico, ya no soy alguien que huye, o que ha huido. Soy alguien que ha regresado.»

«Creíamos que mientras nos mantuviéramos apartados seríamos puros.»

«En ese momento, sentí el impulso de abrazarla, pero por supuesto no me atreví. Nunca lo había hecho, y nunca lo

haría. En nuestro mundo esas cosas no se hacían. Si hubiera infringido la norma tácita y la hubiera abrazado, no quiero ni imaginar lo profundamente incómoda que la habría hecho sentirse. Quizá la habría asustado. Las muestras efusivas de afecto eran muy peligrosas en nuestro mundo. Si te empeñabas en demostrar lo mucho que alguien significaba para ti, ¿acaso no era más probable que el universo te lo arrebatara a la hora de castigarte?»

«Una vez que empecé a escribir, fue como si ya no pudiera parar. Di rienda suelta a toda la furia y el dolor de los años anteriores, no en un diario, sino en un blog anónimo. Lo monté a través de un servidor proxy en la biblioteca de la facultad para impedir que nadie pudiera rastrear el origen de las entradas

y relacionarlas conmigo. Lo que empezó siendo un simple ensayo, una tarea extra que me había encargado una profesora perspicaz, fue creciendo hasta convertirse en una suerte de desquite literario. Durante años, las personas de mi vida habían llevado las riendas del relato y me habían dictado mi propia historia, pero de pronto estaba decidida a tomar esas riendas y hacer valer mi propia fuerza narrativa y mi arsenal de palabras personal.»

«Me probé la “americanidad” que tenía más a mano y, aunque no me quedaba perfecta, pensé que eso tendría que bastarme, pues no veía más opciones. Razoné que alguien como yo jamás podría lucir otra identidad sin sentir que le apretara o le tirara de algunas costuras. Debía aprender a vivir con esa sensación de incomodidad. Después de todo, ¿qué eran un tirón aquí o allá, en comparación con el corsé que había llevado toda la vida?»

«Deseaba aprender el arte de la felicidad, y para eso debía convertirme en una apikores, una hereje o una epicúrea, según cómo se entendiera el término.»

«Recordé que de pequeña había ido percatándome poco a poco de que era un personaje, igual que los que conocía gracias a mis sesiones clandestinas de lectura, y que lo mismo ocurría con las demás personas que me rodeaban. Y en ese momento reparé en que dependía de mí convertirme en el personaje «principal», en la «protagonista» de mi historia, porque si me quedaba sentada

de brazos cruzados estaba condenada a interpretar el pequeño papel que se me había asignado y, por lo tanto, sacrificaría mi historia en favor de la de otra persona.»

«Aunque deseaba amar sin tener miedo a las posibles decepciones, había descubierto que amar dolía. Quería ser capaz de poner en ello toda mi energía una y otra vez, pero lo que me resultaba más fácil, más familiar, era el acto de cortar: cortar vínculos, cortar de raíz, cortar con todo. ¿Cuándo conseguiría dejar de podar los bordes de mi vida hasta dejarla pelada y, en lugar de eso, empezar a construirla?»

«Dios es como esa muleta que, cuando la sueltas, descubres que no necesitabas porque las piernas siempre te han funcionado.»

«Sé, con la misma certeza que si estuviera grabado en piedra, que soy una superviviente. Esa es la identidad fundamental que recibí de mis abuelos, a quienes la guerra se lo había arrebatado todo; de mis antepasados, que sobrevivieron a siglos de persecución en Europa, y de mi pueblo, que vagó durante milenios en el exilio. Por encima de todo, esa es la idea que tengo de mí. Sin embargo, ¿cómo podía acceder a esa reserva de fuerza? ¿Cómo podía ser más que una simple superviviente y aprender a vivir de verdad? Anhelaba pasar a la fase siguiente, a ese espacio situado más allá de la supervivencia, pero me sentía atrapada, como si la supervivencia fuera mi único modo de vida.»

## SOBRE PARÍS

«Al observar al alegre grupo que me rodeaba, me maravilló haber creído, basándome en lo que me enseñaron de niña, que solo había una forma de ser judío y que todos los demás eran unos farsantes. Aunque ya había ampliado mi círculo para incluir en él a la población judía asquenazíestadounidense al completo, seguía manteniendo ese mismo enfoque homogéneo de la práctica judaica. Jamás se me ocurrió pensar que al otro lado del Atlántico pudiera existir todo un mundo nuevo de interpretaciones y tradiciones.»

## SOBRE ALEMANIA

«El relato que me habían inculcado de pequeña, ese que creí durante tanto tiempo acerca de la existencia de una nación entera al otro lado del Atlántico que seguía rezumando odio hacia mí por ser judía... Bueno, había encontrado un alfiler con que pinchar ese globo. Su cálida piel contra la mía, sus ojos alegres y sus tímidos movimientos lo hacían humano de una manera que yo jamás habría podido comprender de modo racional. En esos momentos no existían barreras entre nosotros, ni raciales, ni culturales, ni emocionales.»

«Sin embargo, de pronto, ante aquel hombre, el hombre por quien me habría registrado en un hotel para no salir de la habitación en dos semanas, comprendí que estaba cansada de tanta tristeza, de sentirme atrapada en el pasado mientras los demás vivían el presente, cansada de aquella pesada lealtad que

reclamaba hasta el último ápice de mi energía mental. Nada deseaba más que ser humana por un momento, ser solo una persona, al margen del bagaje de mis antepasados con el que insistía en viajar.»

«—Hay que tener cuidado con lo que se dice delante de los alemanes —susurró la mujer, señalando a los demás pasajeros con un gesto de la cabeza—. Son muy sensibles a estos temas.

—Y más que deberían serlo.

—Estás en su país como invitada —insistió—. No puedes ir por ahí diciendo esas cosas.

—¿Igual que invitaron a mi abuela a sus campos de concentración?

—¿Por qué estás aquí?

—Quiero enfrentarme a esa parte de mi identidad para poder dejarlo atrás.

—Eso es imposible —afirmó—. No hay modo de superarlo. Llevo toda la vida intentándolo.»

«—¿Recuerdas ese fragmento de *Orgullo y prejuicio* en el que Darcy le dice a Elizabeth que la ama contra su buen juicio, a pesar de que sus parientes sean de clase inferior, y ella se ofende muchísimo?

—Mmm...

—Supongo que yo te amo contra mi buen juicio. Contra esa parte de mí que dice que vives demasiado lejos y que desciendes de nazis, contra lo mucho que va a costar que esto funcione. No puedo creer que haya dejado que ocurra.

—Supongo que podría decirse que yo también te quiero, por improbable que parezca, sí, creo que sí —dijo él, como si estuviera analizándose.

Sentí que se me encogía el estómago.  
—¿Qué vamos a hacer? Es imposible  
que funcione.»

«—Me da igual lo que hicieran tus  
padres —le aseguré—, quiero vivir el  
presente. Quiero que mi vida esté lle-  
na de amor, comprensión y perdón. No  
quiero quedarme estancada en antiguos  
rencores y prejuicios, como me inculca-  
ron de pequeña. Quiero dejar todo eso  
atrás.»

«Desde el principio había creído que  
buscaba el perdón de mi abuela; de

pronto me di cuenta de que solo ha-  
bía estado intentando perdonarme a mí  
misma. Había tratado de encontrar una  
forma de ser feliz a pesar de la vergüen-  
za, la culpa y el dolor, y por fin era como  
si hubiera cosido todas esas emociones a  
una misma tela y la armoniosa proximi-  
dad entre ellas les hubiera hecho cobrar  
atributos diferentes.»

«El mundo puede cambiar en cual-  
quier momento, y el único heroísmo  
verdadero consiste en comprender eso,  
no en volver la mirada a posteriori con  
pesar.»

## PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. La novela comienza explicándose con su título y su subtítulo. ¿Cuál fue la primera impresión al conocerlo? ¿Qué tipo de libro esperabais antes de abrirlo?
2. La narración arranca con un: «Bubby, ¿soy 100% judía?». Analicemos estas palabras. Si no hay duda, tras leer el prólogo, de que Feldman es judía, ¿dónde nos llevan?
3. Una persona que haya leído *Unorthodox*, ¿cómo relaciona ambos libros? Quien no lo haya leído, ¿necesita su antecedente?
4. El libro se divide en capítulos titulados con una emoción en alemán, yiddish y castellano: Desesperación, Acción. ¿Es éste un libro escrito desde la razón, desde la emoción, desde qué sentimientos?
5. El libro alterna saltos temporales. ¿Benefician a la narración? ¿Os resultan fáciles de seguir?
6. Los árboles y las plantas representan un papel especial en *Exodus*. ¿Qué función cumplen? ¿Qué simbolizan?
7. El libro encierra una intriga que se desvela al final. ¿Es imprescindible? ¿Qué aporta a la narración?
8. ¿Cómo definiríais el estilo de la autora?
9. Feldman nace en Estados Unidos y ahí se cría y ahí vive gran parte de su vida. Ella escribe: «Me probé la “americanidad” que tenía más a mano». ¿Cuál es su relación con la cultura norteamericana? ¿En qué se reconoce en ella?
10. Feldman es una neoyorquina un tanto *sui generis*. ¿Cómo vive la ciudad tras haber dejado la comunidad Satmar?



11. Feldman alcanza cierto éxito tras la publicación de *Unorthodox*. ¿Cómo lo vive? ¿Para qué le sirve? ¿Qué relación mantiene con el dinero?
12. Éste es un viaje hacia la construcción de una identidad. ¿Con qué rasgos y etiquetas se siente más identificada Feldman?
13. El pelo rubio obsesiona a Feldman. ¿Qué significa para ella?
14. A lo largo de sus viajes por todo el mundo la autora descubre que hay muchas maneras de ser y definirse como judía. ¿Por qué fases atraviesa y a qué punto llega?
15. Entre los muchos lugares a los que viaja está España. ¿Cuáles son los sentimientos que le despierta el país y qué supone ese hito dentro de su periplo total?
16. ¿Qué le impulsa a viajar Alemania, país que, desde pequeña, le habían enseñado a odiar? ¿Qué busca en ese movimiento?
17. El concepto de hogar va cambiando para Feldman a lo largo del libro. ¿Dónde encuentra ella lo necesario para sentirse acogida? ¿Dónde no?
18. Feldman se cuestiona en el libro si hay en el dolor del pueblo judío algo de arrogancia. ¿Cuál es la respuesta que se da? ¿Qué pensáis acerca de esta idea que ella apunta?
19. Cuando, al final del libro, descubre el secreto familiar que se le había negado, ¿cómo se siente Feldman?
20. ¿Es Feldman una víctima o una heroína?
21. Bubby es el impulso del libro. ¿Qué quiere despertar Feldman en ella?
22. La maternidad es un tema importante en el libro. ¿Cuál es su relación con su hijo, Isaac, y con su madre y cómo evoluciona?

23. ¿Cómo evoluciona, si lo hace, el personaje principal: la propia autora desde que huye de la comunidad hasta que se asienta en Berlín como escritora?
24. Justine supone una de las primeras y escasas presencias luminosas de sus primeros años de libertad. ¿Qué encuentra Feldman en esta escritora de la Costa Este?
25. Richard es una de las personas más cercanas a Deborah. ¿Por qué ella le concede un lugar tan importante en su vida y qué puertas le abre?
26. Feldman mantiene relaciones complejas con el sexo opuesto desde Eli, su exmarido, hasta Jan, su última pareja. Hablemos de su idea del amor romántico.
27. La relación con Markus es, como mínimo, incómoda. ¿Es verosímil?
28. Feldman es, además de escritora, una activista que pretende, a través de su relato, dar recursos y fuerza a las mujeres que quieren liberarse de la opresión de los grupos ortodoxos. ¿Cómo resuena eso en una cultura como la española?
29. *Exodus* nos obliga a enfrentarnos con nuestros prejuicios: ¿hay alguno que haya quedado desterrado o algún otro que se haya reconfirmado?
30. ¿Qué diferencia hay entre un *memoir* y una biografía?
31. ¿Creéis que en España se conoce bien la historia del pueblo judío, su presencia en España y su legado?
32. ¿Habéis visitado algún Museo del Holocausto? ¿Cómo os habéis enfrentado a él?
33. La sombra de la serie de Netflix es alargada. ¿Qué aportaría una versión audiovisual de este *memoir*?

## LA AUTORA



**DEBORAH FELDMAN** creció en el seno de una familia de la comunidad jasídica Satmar, que surgió tras la Segunda Guerra Mundial en el barrio de Williamsburg, en Brooklyn (Nueva York). Es autora de los libros de memorias *Unorthodox. Mi verdadera historia* (Lu-

men, 2020), que obtuvo un gran éxito de crítica y ventas y ha sido adaptado a una aclamada serie de televisión; *Exodus. Mi viaje poco ortodoxo a Berlín* (Lumen, 2021), y *Das Buch Miriam* («El libro de Miriam»). Actualmente vive en Berlín con su hijo.

## DECLARACIONES DE LA AUTORA

«Había días en los que aceptaba ser parte de este mundo, y me iba bastante bien. Pero muchas veces soñaba con otra vida. Yo era diferente porque tenía muchas preguntas. Tenía deseos, deseos que eran inaceptables para una joven de esta comunidad.»

«Siempre ha sido mi deseo que seamos conscientes de la existencia de diferentes comunidades y de que la gente está tratando de escapar y vivir en el mundo exterior.»

«Quería que el libro lograra algo más que mi libertad personal. Quería que la gente ganara en comprensión y conocimiento, quería construir un puente entre ambos mundos, no solo para que yo cruzara, sino también para otras personas.»

«Mi segundo libro, *Exodus*, se detiene a analizar el shock que sufrí en el paraíso capitalista de Nueva York. La lectura que hacía de todo lo que vivía entonces era en términos bíblicos. Me imaginaba en Sodoma y Gomorra, o en una especie de Torre de Babel. Los atentados del 11-S

fueron muy simbólicos. En mi imaginación parecía un castigo de Dios. Es muy curioso, porque observas el mismo fanatismo en las comunidades religiosas que en la búsqueda en la sociedad capitalista de la fama, el dinero y el estatus sin importar la dignidad. Son dos caras de la misma moneda.»

«Cuando empecé a escribir, sentí que había ingresado en un club. Participaba en un proceso de reflexión y creatividad que se remonta a tiempos inmemoriales y que establecía un vínculo con las personas que más admiraba: los escritores. Hacía que me sintiera menos sola. Me sacó de mi pequeño y limitado mundo y me hizo creer que formaba parte de algo mucho más grande.»

«Cuando escribí sobre esto en el libro (*Unorthodox*), concretamente sobre las leyes de pureza ritual que son un secreto, para mi comunidad crucé una línea roja, me convertí en una especie de demonio, al mismo nivel que Hitler o incluso Goebbels, porque consideraban que estaba difundiendo propaganda antisemita.»

«La historia detrás de este libro es tan increíble como extensa. Os prometo que os lo explico todo en él, pero por ahora basta con decir que se trata de una edición actualizada y ampliada de mi segundo *memoir* [...]. Continúa el viaje que comencé en *Unorthodox* hasta que me mudé a Berlín [...]. Ya ha recibido algunas reseñas maravillosas y una crítica muy positiva de *Library Journal* que me ha emocionado muchísimo. Todas las ediciones internacionales de mi segundo libro se traducirán a partir de esta versión.»

«En este libro recuerdo cómo reconstruí mi existencia desde cero, sin dinero, sin títulos, sin experiencia laboral. Tuve que superar los ataques de personas que me acusaban de avergonzar a toda la comunidad judía por lavar nuestros trapos sucios en público. Me compararon con Goebbels. [...] En *Exodus* se entenderá todo, incluidas las preguntas que me hice y por qué la respuesta —en medio de desafíos prácticos y psicológicos— me llevó finalmente a Berlín, a pesar de ser nieta de supervivientes del Holocausto.»

«Siento satisfacción cuando pienso que no solo estoy entreteniendo a la gente, que estoy ayudando a entender que pueden existir otras maneras de comprender lo que es posible. Y, las veces que ha ocurrido, me he sentido tremendamente realizada al saber que algo que yo he escrito ha cambiado la vida a alguien.»

«Quería escribir sobre el viaje a las raíces de mi familia, especialmente a las de mi abuela, y sobre cómo se unió a esta comunidad para entender mi propio viaje.»

Declaraciones extraídas de las siguientes entrevistas realizadas a la autora:

*Marie Claire* (16 de abril, 2020), *El País* (19 de abril, 2020), *El Tiempo* (16 de mayo, 2020), *El Mundo* (14 de julio, 2020), *Woman* (14 de julio, 2020), *Huffington Post* (18 de julio, 2020), Instagram de la autora (29 de junio, 2021), *Io Donna* (29 de agosto, 2021), Maria Laura Giovagnini, *Vogue* (21 de septiembre, 2021), *Monocle Reads* (23 de septiembre, 2021)

